

y cada uno es un principio de acción. Los griegos han distinguido en Dios *tres hipóstasis*, *σπρεῖς ὑποστάσεις*, y después *tres personas*, *τρία πρόσωπα*. Mas es evidente que con respecto á Dios la palabra *persona* no presenta exactamente la misma noción que relativamente al hombre; tres *personas* humanas individuales; en Dios las tres *personas* son una sola naturaleza divina, un solo Dios. S. Aug., *Epist.* 169, *ad Evod.*

En vano dicen los socinianos que se hace mal en introducir este lenguaje, de valerse, hablando de Dios, de la palabra *persona*, que no está en la Sagrada Escritura; de querer explicar de este modo un misterio esencialmente inexplicable. Nos hemos visto obligados á ello para reprimir la temeridad de los herejes, que usaban con este motivo de un lenguaje erróneo y contrario á la Sagrada Escritura. Los mismos socinianos nos ponen en esta misma necesidad, sosteniendo que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo únicamente son tres denominaciones ó tres aspectos diferentes de una misma y sola naturaleza divina individual; no solo no se halla esta explicación en la Escritura Santa, sino que es enteramente opuesta á ella. V. TRINIDAD.

Hé aquí un pasaje de S. Agustín que han afectado señalar los incrédulos y socinianos, *lib. 5, de Trinit., cap. 9.* «Decimos una esencia y tres *personas*, como han hecho algunos autores latinos respetables, que no han hallado un modo mas propio de expresar lo que entendían.... Pero en esto es defectuosísimo el lenguaje humano; hemos dicho tres *personas*, no para expresar alguna cosa, sino para no quedar en silencio.» Luego, replican nuestros adversarios, todo lo que se ha dicho de las *personas* divinas no es mas que una verbosidad vacía de sentido.

Convenimos en que estas expresiones no nos dan una noción clara; pero al menos nos dan una idea confusa, puesto que significan tres seres subsistentes y principios de las operaciones divinas. No quiso decir otra cosa S. Agustín, puesto que ninguno de los PP. ha hablado de la santísima Trinidad con mas claridad y exactitud que él. Nos hallamos en la misma dificultad con respecto á los atributos de la Divinidad, y esta es una de las objeciones que hacen los ateos contra la noción de Dios; dicen que hacemos mal en afirmar que Dios es bueno, justo y sabio, puesto que estas palabras expresan cualidades humanas que no convienen á Dios. ¿Son de la misma opinión los socinianos que los ateos? V. ATRIBUTOS.

Hablando del misterio de la Encarnación,

decimos que en Jesucristo hay dos naturalezas distintas, la divina y la humana; y sin embargo, no son dos *personas*, sino una sola *persona* divina; porque en Jesucristo la naturaleza humana no es un principio total de acción, sino que existe con otra naturaleza mas perfecta. Así, de la unión de la naturaleza humana con la divina, resulta un solo individuo ó un todo que es un principio de acción: todo lo que hace la humanidad en Jesucristo, la que lo efectúa es la *Persona* divina; y por esto se han llamado sus operaciones *teándricas* ó *deiviriles*. V. TEÁNDRICO.

**Pesebre.** Dicese en S. Lucas que la Santísima Virgen y S. José, no habiendo hallado sitio en una posada de Belén, se vieron precisados á retirarse á un establo; que la Virgen Santísima dió á luz en él á Jesucristo, y le envolvió en pañales, colocándole en un *pesebre*. Los antiguos PP. que hablan del lugar del nacimiento del Salvador, dicen siempre que nació en una cueva abierta en la peña. S. Justino, que era de aquel país, Eusebio, que residía en él, dicen que no estaba dicha cueva en la población, sino en los afueras. S. Jerónimo, que vivía en Belén, la coloca en la extremidad del pueblo, hacia el mediodía.

El pesebre estaba por consiguiente colocado en la peña; el que se conserva en Roma es de madera. Un autor latino, citado por Baronio con el nombre de S. Crisóstomo, dice que el pesebre en que estuvo Jesucristo era de tierra, y que habia sido sustituido con uno de plata.

Los pintores acostumbran representar junto al pesebre del Salvador un buey y un asno; este uso se funda en lo que dice Isaías: *El buey ha reconocido á su dueño, y el asno el pesebre de su Señor*; y Habacuc: *Sereis reconocido en medio de dos animales*. Varios autores antiguos han hecho aplicación de esto á Jesus naciendo; pero no es el sentido literal de estos dos pasajes.

**Petilianos.** V. DONATISTAS.

**Petrobrusianos.** Discípulos de Pedro de Bruys, hereje, natural del Delfinado; enseñó sus errores hacia el año 1110; su secta se esparció en las provincias meridionales de Francia.

Pedro el Venerable, abad de Cluni, que vivía en el mismo tiempo, ha escrito contra los *petrobrusianos* una obra en cuyo prefacio reduce sus errores á cinco puntos principales: 1º negaban que el bautismo fuese necesario ni aun útil á los niños antes de la edad de discreción, porque, decían, nuestra fe actual es la que nos salva por el bautismo; 2º decían que no se debían edificar iglesias,

sino al contrario, destruirlas; que las oraciones son tan buenas en una taberna como en una iglesia, y en un establo como en un altar; 3º que se debían quemar todas las cruces, porque los cristianos debían tener horror á los instrumentos de la pasión de Jesucristo, su jefe; 4º que Jesucristo no está realmente presente en la Eucaristía; 5º que los sacrificios, las limosnas y las oraciones de nada sirven á los difuntos.

Algunos autores los han acusado tambien de maniqueísmo, y parece que con razón, puesto que está probado que admitían dos principios como los antiguos maniqueos. Rogerio de Hoveden dice, en sus *Anales de Inglaterra*, que á ejemplo de los discípulos de Manés, los *petrobrusianos* no recibían ni la ley de Moisés, ni los profetas, ni los salmos, ni el antiguo Testamento; Radolfo Ardens, autor del siglo XI, refiere que los herejes del Agenois se vanagloriaban de tener la vida que los apóstoles, de no mentir ni jurar; que condenaban el uso de carnes y el matrimonio; que desechaban el antiguo Testamento y parte del nuevo; y lo que es mas terrible, que admitían dos criadores; que dicen que el sacramento del altar no es mas que pan puro; que desprecian el bautismo, y que desechan el dogma de la resurrección de los muertos. Así que los herejes del Agenois, que después se llamaron *albigenses*, eran verdaderos maniqueos, como lo ha probado Bossuet, *Hist. de las Var.*, l. 11, n. 17 y sig. Inútilmente se ha esforzado Basnage para persuadir lo contrario: puede refutarse por sus propios principios. *Hist. de la Iglesia*, l. 24, c. 4, etc. No era tan diestro Pedro de Bruys que forjase una herejía de su propia cosecha: no hizo mas que propagar una parte de los errores que los albigenses, sucesores de los paulicianos, habian esparcido antes que él; mas sabemos la causa que ha motivado á los protestantes á justificar á los herejes del siglo XI y XII; es que han querido tenerlos por predecesores.

Dicen que no debemos colocar á estos sectarios entre los maniqueos, al menos que no probemos que sostenían el dogma característico y fundamental del maniqueísmo, que es el dogma de los dos principios, uno bueno y otro malo: de modo que, añaden, no hay ninguna prueba de que los albigenses, los *petrobrusianos*, los henricianos, etc., hayan admitido dos principios; á esta objeción respondemos: 1º que hay pruebas positivas, á saber, el testimonio de los autores contemporáneos, Bossuet los ha citado; en vano recusamos estos testimonios los protestantes, ó

tratan de eludir las consecuencias de lo que dicen; 2º que el dogma de los dos principios no es mas característico del maniqueísmo que cualquiera otro, puesto que se habia sostenido antes de Manés por los marcionitas y por algunas sectas de gnósticos; los demás errores de los maniqueos no son una consecuencia de este; no hay nada unido, nada enlazado en su sistema; 3º que como este dogma es el mas odioso de todos, y el mas capaz de inspirar horror, los albigenses y sus prosélitos tenían mas interés en ocultarlo que todos sus demás delirios; nunca han sido sinceros los jefes de secta; se contentaban con manifestar á los que querían seducir el lado mas aparente de su doctrina; 4º que si para pertenecer á una secta es necesario adoptar todos sus dogmas, los protestantes hacen mal de tenerse por sucesores de los herejes de que hablamos, puesto que no han abrazado todas sus opiniones. Es absurdo el presentarnos á estos varios sectarios como *testigos de la verdad*, cuando se está precisado á confesar que profesaban errores.

Así que Mosheim, mas prudente que Basnage, se ha contentado con excusar lo que ha podido á Pedro de Bruys y á sus secuaces; dice que este hombre hizo los esfuerzos mas laudables para reformar los abusos y las supersticiones de su siglo; pero que su celo no se hallaba exento de fanatismo; que fué quemado en Saint-Gilles, el año 1130, por un populacho furioso, á instigación del clero, cuyo tráfico ponía en peligro este reformador; mas que no se conocía todo el sistema de doctrina que enseñó este infortunado mártir á sus sectarios. Sin embargo, no se ha atrevido á negar, lo mismo que Basnage, los cinco errores que les imputó Pedro el Venerable. *Hist. eclesiást.*, siglo XII, 2º p., c. 5, § 7.

De modo que está probado por este testimonio y por otros que Pedro de Bruys y sus prosélitos quemaban los crucifijos y las cruces, destruían las iglesias, insultaban al clero, etc. Ciertamente era digno de castigo el fanatismo contrario al orden público; el pretendido reformador que encendió este fuego, merecía la hoguera en que pereció; fué mártir, no de sus opiniones, sino de los desórdenes y violencias de que ha sido autor. *Hist. de la Igl. galic.*, tom. 9, l. 25, año 1147.

**Petalorinquitas.** V. MONTANISTAS.

**Phurim ó Parim.** V. ESTER.

**Picardos.** Herejes que aparecieron en Bohemia á principios del siglo XV, cuyo ver-



dadero origen no es fácil averiguar ni exponer sus opiniones.

Hay en la antigua *Enciclopedia* una disertación bastante larga en la que se trata de probar que los *picardos* de Bohemia eran valdenses, que no tenían otra creencia que la que ha sido doscientos años después abrazada por los protestantes, que estos sectarios han sido acusados injustamente de tener los mismos errores y practicar las mismas infamias que los adamitas. El autor ha copiado á Beausobre, que ha seguido este parecer en una disertación sobre los adamitas de Bohemia, la que se ha unido á la *Hist. de la Guerra de los Husitas*, por Lenfant.

Mas instruido Mosheim, y que parece haber examinado la cuestión mas de cerca, piensa que los *picardos* de Bohemia eran una rama de los *begardos*, que algunos llamaban *bigardos*, y por corrupción *picardos*, secta esparcida en Italia, en Francia, en los Países Bajos, en Alemania y en Bohemia, y á la que se daban varios nombres en estas comarcas. Véase *BEGARDOS*. Como el mayor número de los que la componían eran ignorantes fanáticos, es imposible que todos hayan tenido la misma creencia y costumbres. Vana empresa es atribuirles la misma profesión de fe y la misma conducta. Los protestantes han querido engañar á todos, cuando han sostenido que los valdenses no tenían mas doctrina que la suya; Bossuet ha probado lo contrario, *Hist. de las Var.*, lib. 11.

Aun es mas ridículo el querer absolver á los *picardos* de los desórdenes que les han sido imputados por algunos historiadores, pero tenia manía Beausobre de justificar á los herejes de todos los siglos; á pesar de los testimonios mas auténticos, no alega mas que conjeturas y pruebas negativas que nada concluyen. «Era, dice Mosheim, querer blanquear la cabeza de un negro; puedo probar, con documentos auténticos, que no aventuro mas que lo verdadero. Las investigaciones que he hecho y el conocimiento que tengo de la historia civil y religiosa de este siglo, me lo hacen mas creíble que el laborioso autor, cuyo testimonio rehusó adoptar, que no conocía mas que imperfectamente la historia de la edad média, y que por otro lado no estaba exento de preocupacion y parcialidad.»

No debemos confundir los *picardos* de Bohemia con los *hermanos bohemios* ó *hermanos de Bohemia*; estos eran una rama de los husitas, que en 1467 se separaron de los calixtinos. V. *HUSITAS*.

**Picpos ó Picpus.** Religiosos de la orden tercera de san Francisco, llamados tambien

*penitentes*, establecidos en 1601, en *picpus*, aldea próxima al arrabal de San Antonio de Paris. Este pueblo ha dado su nombre á la casa de religiosos, y esta, que es la segunda de la orden, ha dado el suyo á toda ella. Estos franciscanos se llaman en Paris *religiosos penitentes de Nazareth*, y en algunas provincias se les llama *tiercelinos*. Juana de Sault, viuda de Renato de Rochechouart, conde de Montemar, es reconocida por fundadora del convento de *Picpus*; Enrique IV concedió cartas patentes á este establecimiento; Luis XIII colocó la primera piedra de la iglesia, y en las cartas patentes en que confirma la erección de este monasterio en 1624, tomó la calidad de fundador. El deseo de hacer observar estrictamente la regla de S. Francisco, es el que ha dado origen á este nuevo instituto. V. *FRANCISCANOS*.

**PIÉ.** En la Sagrada Escritura los *piés* se toman en varios sentidos, en el propio y en el figurado. Se dice en el Evangelio que á la vista de Jesucristo resucitado las santas mujeres le tocaron los *piés*, *tenerunt pedes ejus*, es decir, que se prosternaron delante de él por respeto. En el *Deuteronomio*, viii, 4, Moisés dice á los israelitas que no fueron heridos sus *piés* en el desierto; esto quiere decir que no se gastaron sus zapatos. *Cubrirse los piés*, es una perifrasis que significa satisfacer las necesidades de la naturaleza, y muchas veces los *piés* se tomaron en vez de las partes del cuerpo que oculta el pudor, y no permite nombrar. *Isaias*, vii, 20; *Ezeq.*, xiv, 25. *Hablar con el pié*, es gesticular con los *piés*; Salomon lo dice de un insensato. *Prov.*, vi, 13.

Ver los *piés* de alguno, es verle llegar; *Isaias*, lii, 7, *quam speciosi pedes evangelizantium pacem!*; Qué placentero es ver llegar á los que anuncian la paz! En sentido figurado los *piés* son la conducta; *Ps.*, xv, 12: *pes mers stetit in directo*, mis *piés* han estado fijos en la via recta. En otro sentido, esta palabra significa un apoyo, un sostenimiento; *Job.*, xxix, 15, dice que ha sido el ojo del ciego, y el *pié* del cojo. Pero cuando Jesus dice en el Evangelio: Si tu *pié* te escandaliza, ó te hace caer, amputalo; esta es una metáfora para manifestarnos que debemos renunciar á lo mas querido, si es una ocasión de pecado.

Poner á alguno bajo los *piés* de otro, es ponerle bajo su poder: David pide á Dios que le preserve del *pié del orgullo*, es decir, del poder de los orgullosos, y que no sea herido por el brazo del pecador. *Ps.*, xxxvi, 12. *Poner el pié* en un lugar, significa tomar posesion de él; lastimar á un enemigo con los

*piés*, es insultarlo: *tropezar* ó *claudicar*, ó *bambolearse sobre sus piés*, es decaer del estado de prosperidad y sufrir alguna desgracia, etc.; mucha parte de estos modos de hablar se hallan en nuestra lengua. *Glassii Philolog. sacra*, col. 1800.

**PIÉ de altar.** V. CASUAL.

**Piedad.** Compasion á los desgraciados, inclinacion á socorrerlos. Dice un antiguo poeta que la naturaleza nos ha hecho sociales dándonos lágrimas para los males de otros, que es el mas delicado de nuestros sentimientos. Así el Evangelio es una lección continua de esta virtud: Jesucristo exhorta sin cesar al hombre á que participe de las aflicciones de sus semejantes, á consolarlos y socorrerlos, y ha confirmado esta moral con los ejemplos mas tiernos; todos sus milagros han sido destinados á aliviar á los que padecen, y con frecuencia le ha arrancado lágrimas la vista de las desgracias de otro.

Sobre este punto la moral de algunos filósofos antiguos era inhumana y escandalosa; no solo no recomendaban la *piedad*, sino que la tenían como una debilidad. «Zenon, con todo su talento, dice Lactancio, y los estoicos sus sectarios, dicen que el sabio es inaccesible á toda afeccion, que no perdona ninguna falta, que la compasion es una señal de lijereza y de locura, que un alma fuerte no se deja conmovér ni doblegar.» *Divin. Inst.*, l. 6, c. 10. Ciceron les ha hecho el mismo cargo. *Orat. pro Muræna*, y S. Agustin, de *Morib. eccles.*, l. 1, c. 27. La mayor parte de nuestros epicúreos modernos son muy estoicos sobre este punto.

**Piedad religiosa.** Afeccion y respeto á las prácticas de religion, asiduidad para cumplirlas. En la palabra *DEVOCION*, voz sinónima de *piedad religiosa*, hemos manifestado que es una virtud; hemos respondido á la mayor parte de los cargos que le hacen ordinariamente los que no la conocen; bueno es añadir á lo que hemos dicho una ó dos reflexiones.

Ha dicho un deísta: «Si es necesario un culto que conserve entré los hombres la idea de un Dios infinitamente bueno y sabio, es evidente que las *únicas ceremonias* de su culto son toda accion bienhechora, general ó particular, y que el homenaje mas digno que podemos dar á la Divinidad, consiste en imitarla, y no en hacer un elogio estéril de sus grandezas.» Esta moral necesita de correctivo. Pueden practicarse acciones bienhechoras sin pensar en Dios; cuando se hacen por un motivo de vanagloria, ¿es este un homenaje dado á la Divinidad? Si se hubiera

limitado el autor á decir que uno de los modos de adorar á Dios, y que mas le agrada, es hacer bien por su amor, no hubiese hecho mas que repetir lo que enseña el Evangelio. Jesucristo nos ordena que seamos perfectos como nuestro Padre celestial, que derrama sus beneficios sobre los justos y pecadores. Nos advierte que si uno de nuestros hermanos tiene motivo para quejarse de nosotros, debemos ir á reconciliarnos con él antes de llevar nuestra ofrenda al altar. Dice que Dios quiere la misericordia mas bien que el sacrificio, y esta es una lección que ya daban los profetas á los judios.

Mas no se debe deducir de esto que las obras de caridad, de misericordia, de beneficencia, de humanidad, nos dispensan de hacer actos de religion y de *piedad*, puesto que Jesucristo dice expresamente que debemos ejecutar las unas y no olvidar los otros. Él mismo, después de haber pasado los dias enteros haciendo bien, tambien pasaba las noches orando á Dios. Cuando concurren dos deberes, uno de caridad y otro de *piedad*, sin duda ninguna debemos dar la preferencia al primero; mas si podemos hacer los dos, no debemos omitir el segundo. El elogio de las grandezas de Dios y de sus perfecciones, de su bondad, de su liberalidad, de su misericordia, de su justicia, nos hacen recordar nuestros deberes para con él y con nuestros hermanos. Desconfiemos de una moral hipócrita que tiende á separarnos de alguna de nuestras obligaciones, bajo pretexto de mayor perfeccion.

Ha dicho S. Pablo, *1 Tim.*, iv, 8, que la *piedad* tiene las promesas de la vida presente y de la futura; por las de la vida presente, ciertamente no entiende las grandezas, las riquezas y demás bienes de este mundo; Dios no los ha prometido nunca á la *piedad*, pero ha prometido proteger á los fieles, sostenerlos y consolarlos en las penas de esta vida. «No tengais avaricia, dice á los hebreos, c. 13, v. 5, y estad contentos con lo que teneis, porque ha dicho el mismo Dios: No te dejaré, ni te abandonaré jamás. Así podemos decir con seguridad: Ayudándome el Señor, no temo al hombre.» El mismo Salvador, *Mat.*, vi, 25 y 34, quiere que sus discipulos no esperen de Dios mas que su proteccion y las cosas necesarias á la vida, no les promete nada mas.

Que no se diga ya que muchas veces los hombres de bien son desgraciados; la felicidad no consiste en la posesion de honores, riquezas, ni en la prosperidad temporal; con frecuencia esta pretendida felicidad es enga-



ñadora, y como no es duradera, no puede satisfacer el corazón del hombre; pero un justo es protegido de Dios según necesita de su auxilio; su confianza en Dios y la paz interior de que disfruta, lo consuelan en los reveses que sufre; la esperanza de ser recompensado le da una verdadera alegría; dice con S. Pablo: Siento una alegría superabundante en todas mis tribulaciones, *II Cor.*, vii, 4; en vez de que oímos decir á los pretendidos dichosos en este mundo: *soy desgraciado*.

**Piedra.** Leemos en el libro de Josué, x, 41, que habiendo atacado este jefe de los israelitas á los reyes cananeos que sitiaban á Gabaon, los puso en fuga: que á la bajada de Bethoron, Dios hizo llover sobre ellos gruesas *pedras* hasta Azeca; de modo que murió mayor número con esta granizada de *pedras* que con la espada de los israelitas. Disputan los comentadores para saber si estas palabras deben tomarse literalmente, y si Dios hizo caer realmente *pedras* sobre los cananeos, ó si debe entenderse que hizo caer sobre ellos granizo de una dureza y magnitud extraordinaria, llevado por viento fuerte.

Dom Calmet ha colocado á la cabeza del libro de Josué una disertación en la que se ha dedicado á establecer el sentido literal; sus pruebas son: 1º Que no hay ninguna necesidad de recurrir á un sentido figurado cuando se trata de un milagro; lo mismo hubiera costado á Dios hacer llover *pedras* sobre los cananeos, que hacerlos perecer por un granizo gordo y duro. 2º La historia menciona varias lluvias de *pedras* caídas en diferentes lugares en el trascurso de los siglos, y estos hechos están tan bien probados que no es posible ponerlos en duda. Este fenómeno se verifica naturalmente por la erupción repentina de un volcán. 3º No se puede negar que se puedan formar *pedras* en el aire, cuando un remolino de viento ha trasportado á una altura considerable de la tierra arena y otras materias; entonces reunidas estas con las exhalaciones sulfurosas, y con la humedad de las nubes, pueden endurecerse en un instante por su propio peso y por la presión del aire, y caer en seguida sobre la tierra. *Biblia de Aviñon*, t. 3, p. 297.

Otros comentadores que prefieren el sentido figurado, responden en primer lugar, que tampoco hay necesidad de atenerse al sentido literal, puesto que Dios ha podido verificar con el granizo el mismo efecto que hubieran producido las *pedras*. Citan á su vez una multitud de ejemplos bien compro-

bados de tempestades en las que han caído pedazos de granizo de una enorme magnitud, de los que unos pesaban una libra, otros tres, otros ocho, y que mataron gran porción de hombres y de animales. En segundo lugar, que los Setenta, el autor del *Eclesiástico*, xlvi, 6, y el historiador Josefo, *Antig. jud.*, v, 1, han entendido la narración de Josué, *de pedras de granizo*, y no una *granizada de pedras*. En tercer lugar, que un granizo que cae para procurar á los israelitas una victoria completa, que mata á sus enemigos sin herirlos á ellos, y que hace perecer mas que la espada, ciertamente es un acontecimiento milagroso. Así que, para obrar milagros, Dios se ha valido muchas veces de causas naturales, mas empleándolas de un modo extraordinario é imposible á cualquiera otro que á él: esto es lo que ha hecho en el caso de que hablamos. *Biblia de Chais*, Jos., x.

Seria difícil hallar fuertes razones para preferir el uno de estos pareceres al otro; en confesando que Dios en esta ocasión ha obrado un milagro, poco importa saber precisamente de qué modo lo ha ejecutado. Verdaderamente que los incrédulos, cuidadosos de oponerse al segundo, no dejarán de decir que este granizo ha caído casualmente, como todos los demás que menciona la historia; pero cuando una causa cualquiera obra con tanta exactitud y tan convenientemente como podría hacerlo el ser mas poderoso é inteligente, es absurdo recurrir *al acaso*; esta es una palabra de que se abusa, destinada á ocultar la ignorancia y confusión del que la usa.

La Historia santa menciona algunas *pedras* ó rocas de la Palestina que se hicieron famosas por los acontecimientos que pasaron en ellas; nombra la *pedra de Ethan*, la de *Ezel*, la *pedra del auxilio*, etc.; es probable que la *pedra del desierto* es la ciudad de *Petra* en la Arabia.

La mas notable de estas rocas es la de Horeb, de la que Moisés hizo salir agua tocándola con la vara, *Exod.*, xvii, 6. Este milagro se renovó cerca de cuarenta años después, y se ha hablado de él, *Núm.*, xx, 41. Los que han creído que era el mismo prodigio referido dos veces, se han engañado. El primero se hizo en *Raphidim*, undécima estancia de los israelitas, el año primero después de la salida de Egipto; el segundo en el desierto de *Sin*, trigésima tercera estancia, el año cuarenta, inmediatamente antes de la muerte de Aaron. La primera vez Moisés tocó la roca con la vara de que se había valido en Egipto para obrar los milagros; la segunda tocó con la vara de

Aaron, que estaba conservada en el Arca. En *Raphidim*, Moisés no tocó la roca mas que una vez en presencia de los ancianos de Israel; en *Sin* la tocó dos veces en presencia de todo el pueblo reunido, y esta acción desagradó á Dios; poco después se castigó por esto á Moisés.

Ha creído destruir este milagro un deísta inglés, diciendo que la fuente de Horeb existía ya y corría naturalmente; pero que como los israelitas, al salir de Egipto, nunca habían visto fuentes, tomaron esto por un prodigio, y que Moisés, de concierto con los ancianos que había preparado, lo publicó de este modo. Aunque los hebreos hubieran sido tan estúpidos que cayesen en este error el primer año de su salida de Egipto, ya no podían ser engañados en el cuarenta; habían visto fuentes antes de salir de Egipto, puesto que su sexta estancia había sido hecha en *Elim*, donde había doce fuentes, y habían acampado alrededor. *Exod.*, xv, 27, *Núm.*, xxxiii, 9. Hacemos estas observaciones para demostrar cuán imprudentes son los incrédulos.

En el salmo lxxx, 17, se dice que los israelitas se habían satisfecho de la miel que salía de la *pedra*, es decir, de la miel que habían labrado las abejas en los agujeros de las rocas.

**Piés desnudos espirituales.** Anabaptistas que se levantaron en Moravia el siglo XVI, y que se vanagloriaban de imitar la vida de los apóstoles, viviendo en el campo, marchando descalzos, y manifestando mucha aversión á las armas, á las letras, y á la estimación de los pueblos. Prateolo, *Hist. nudip. et spirit.*; Florimond de Raimond, l. ii, c. 17, 9. V. ANABAPTISTAS.

**Pietistas.** Se ha dado este nombre á algunas sectas de devotos fanáticos que se han levantado entre los protestantes de Alemania, sobre todo entre los luteranos durante el último siglo; también los hay en Suiza entre los calvinistas. Admirados algunos hombres de ver decaer de día en día la piedad, y progresar el vicio rápidamente entre los que se vanagloriaban de haber reformado la Iglesia de Jesucristo, formaron el proyecto de remediar esta calamidad; predicaron y escribieron contra la relajación de las costumbres, la imputaron principalmente al clero protestante, hicieron discípulos, y formaron asambleas particulares. Así lo verificaron Felipe Santiago Spener en Francfort, Schwenfeld y Santiago Bohm en Silesia, Teófilo Broschbandt y Enrique Muller en Sajonia y en Prusia, Wigler en el cantón de Berna, etc.

La misma causa ha dado origen en Inglaterra á la secta de los cuáqueros, cuákeros ó convulsionistas, á la de los hernhutas ó hermanos moravos, y á la de los metodistas. Hemos hablado en particular de cada una de ellas.

Mosheim, que ha hecho con mucha extensión la historia de los *pietistas*, conviene en que hubo entre los partidarios de esta nueva reforma algunos fanáticos insensatos, conducidos mas bien por un genio acre y cáustico, que por verdadero celo; que, por el calor é imprudencia de sus predecesores, excitaron disputas violentas, disensiones y odios mutuos, y causaron muchos escándalos. Esta declaración nos da ocasión para hacer algunas reflexiones que no son favorables al protestantismo.

1º Los cargos que los *pietistas* hacen contra el clero luterano, son precisamente los mismos que los autores del luteranismo habían suscitado en el siglo anterior contra los pastores de la Iglesia romana: han censurado no solo las costumbres y la conducta, sino la doctrina, el culto exterior y la disciplina; algunos *pietistas* querían reformarlo todo y todo cambiarlo; ó han tenido razón, ó Lutero y sus partidarios han obrado mal. De esto resulta ya que la pretendida reforma establecida por Lutero y demás no ha producido efectos muy saludables, puesto que hombres, cuyas costumbres ha alabado Mosheim por otro lado, así como sus talentos é intenciones, han estado muy descontentos de ella, y se han visto obligados á formar bando separado para trabajar seriamente en su salvación.

2º El resultado de una y otra de estas pretendidas reformas ha sido precisamente el mismo; el falso celo y el humor acre, el esfilo airado de algunos *pietistas*, han ocasionado querellas teológicas, disensiones entre los pastores y los pueblos; muchas veces ha sido necesario que los magistrados y el gobierno se mezclasen para contener los efectos del fanatismo. Puesto que lo mismo ha sucedido al nacimiento del protestantismo, se deduce que sus fundadores no han tenido ni un celo mas puro, ni una conducta mas sabia, ni motivos mas laudables que los *pietistas* mas arrebatados; que tanto unos como otros han sido fanáticos insensatos, y no hombres llamados por Dios para reformar la Iglesia. Hablando Mosheim de un *pietista* fogoso, llamado Dippelio, dice: «Si alguna vez los escritos deformes, extravagantes y satíricos de este fanático reformador, llegan á la posteridad, se sorprenderán de que nuestros an-



tepasados hayan sido tan obcecados para considerar como un apóstol á un hombre que ha tenido la audacia de violar los principios mas esenciales de la religion y del buen sentido.» ¿No tenemos razon para decir lo mismo de Lutero?

3º No obramos mal en echar en cara á los protestantes que enseñan una doctrina escandalosa y perniciosa para las costumbres, cuando sostienen que *las buenas obras no son necesarias para la salvacion, que la fe nos justifica independientemente de ellas*, puesto que muchos *pietistas*, aunque nacidos protestantes, se han escandalizado lo mismo que nosotros, y han pensado en desterrar esta máxima del púlpito y de la enseñanza pública. Otros teólogos luteranos han pensado poco mas ó menos lo mismo.

4º Como no hay ni autoridad ni reglas para conservar el orden y la decencia en las sociedades de los *pietistas*, y todos se creen con el derecho de hacer valer sus visiones, es imposible que muchos no den en desvarios, cuyo ridículo recae sobre la sociedad entera, envilece lo bueno que pudiera haber, y bien pronto produce la disolucion de los miembros en un cuerpo tan mal construido. Así la piedad dificilmente puede arraigarse entre los protestantes, se halla como transplantada en una tierra extraña; ¿cómo podrá conservarse entre hombres que han suprimido la mayor parte de las prácticas capaces de excitarla y alimentarla? Mosheim, *Hist. ecclés.*, siglo XVII, seccion 2, 2ª part., c. 1, § 26 y siguientes.

**Pigmeos.** Sabemos que bajo este nombre los griegos y latinos designaban un pueblo fabuloso de hombres que no tenían mas que un codo de altos. El profeta Ezequiel, xxvii, 11, hablando de la ciudad de Tiro, de sus fuerzas, de sus ejércitos, hace mencion de los *gammadim* que estaban sobre sus torres, y que colgaban sus careajes en sus murallas. Como el hebreo *gomed* significa un codo, la Vulgata ha traducido *gammadim* por *pygmæi*, y esta palabra ha ocupado á los comentadores. El parafrasta caldeo la ha vertido por *gappadim*, los capadocios y los Setenta por *φύλακες*, *guardas*. La conjetura mas verosímil es que el profeta por *gammadim* ha entendido guerreros de la ciudad de *Gammades* en la Palestina.

**Pilátos (actas de).** S. Justino, en su primera apología, n. 33, dice á los emperadores y al senado romano: «Que Jesucristo fué crucificado, y que se repartieron sus vestidos los judíos, podeis saberlo por las actas formadas bajo Poncio *Pilátos*; n. 48, que Cristo ha obrado milagros, podeis informaros por

las actas formadas bajo Poncio *Pilátos*.» Tertuliano, en su *Apologético*, capítulo 3, habla de estas mismas actas. «Un personaje, dice, no puede ser Dios en Roma, si no agrada al senado.... Tiberio, bajo cuyo reinado entró en el mundo el nombre de cristiano, informado en la Palestina misma de los hechos que caracterizaban á un personaje divino, hizo su relacion al senado, y la apoyó con su voto. El senado la desechó, porque él mismo no la habia aprobado. Tiberio permaneció en su sentir, y amenazó castigar á los que acusaban á los cristianos.» C. 21, despues de haber hablado de los milagros, de la muerte y de la resurreccion y ascension de Jesucristo, añade: «*Pilátos*, partidario de Jesucristo en su conciencia, mandó los hechos concernientes á este personaje al emperador Tiberio. Los mismos césares hubieran creído en Jesucristo, si no fuesen necesarios al siglo, ó si los cristianos pudiesen ser césares.»

Eusebio, *Hist. ecclés.*, l. 2, c. 2, confirma la existencia de la relacion de *Pilátos* por la narracion de Tertuliano; pero no dice que la ha visto, lo mismo que los dos testigos.

Algunos criticos protestantes, segun Taneui Lefevre, han considerado este hecho como fabuloso, particularmente Le Clerc, *Hist. ecclés.*, año 29, p. 324. Dicen: 1º Que no es creible que *Pilátos*, escribiendo al emperador, haya querido hacer el elogio de un hombre que acababa de condenar á muerte. 2º Lo es menos todavía que Tiberio, principe sin religion, haya querido poner á Jesucristo en el número de los dioses. 3º No lo es tampoco que el senado, sujeto como estaba al capricho de Tiberio, se haya atrevido á desechar una proposicion apoyada con su voto. 4º Tiberio aborrecia á los judíos, y no le hubiera ocurrido querer dar los honores divinos á un judío. Por último, en tiempo de Tiberio, el nombre de *cristiano* no pudo haber sido conocido todavía en Roma, y aun no podian haberse formado acusaciones contra ellos. Veinte autores han copiado estas objeciones, y los incrédulos han concluido de ellas que san Justino habia forjado las actas de *Pilátos*.

Para saber si estos argumentos son muy sólidos, es necesario recordar que Tiberio murió el año 37 de nuestra era, que *Pilátos* fué llamado á Roma y enviado al destierro en el mismo año; por consiguiente cuatro años despues de la muerte de nuestro Salvador. En este intervalo fué testigo de los progresos que hacia el Evangelio, del número de los que se convertian, de la inquietud que esto causaba á los judíos, del martirio de S.

Estéban, etc. Bien puede ser que el eco de estos movimientos penetrase hasta Roma, y que *Pilátos* se viese obligado á dar cuenta al emperador de la conducta que habia tenido con respecto á Jesus y los que creían en él; nada nos obliga á suponer que su relacion fuese enviada mucho tiempo antes de su llamada.

En esta suposicion, que es muy probable, no vemos por qué *Pilátos* hubiera titubeado en referir lo que la fama habia publicado en la Judea, relativo á los milagros y á la resurreccion de Jesus, y sobre el efecto que estos producian. No es él el que habia condenado á Jesus á muerte; no habia hecho mas que entregarlo á los judíos, por temor de excitar una conmocion pupular.

En segundo lugar, Tiberio, aunque poquísimamente religioso, pudo querer, por capricho ó por cualquier otro motivo, fingir tener religion en aquel momento; puesto que aborrecia á los judíos, no podia mortificarlos mas que haciendo dar honores divinos á un personaje que habian hecho crucificar, y que perseguian todavía despues de su muerte en la persona de los que creían en él.

El senado, aunque sujeto á la voluntad de Tiberio, pudo hacerle presente inconvenientes y motivos para no hacer lo que él proponia. Se hace mal en suponer que este principe tuvo mucho calor é interes en hacer ejecutar el proyecto que habia formado. Sabemos que habia una antigua ley romana que quitaba á los emperadores el poder de crear nuevos dioses sin aprobacion del senado. Tertuliano, *Apologét.*, c. 3.

Puesto que los milagros, la muerte y resurreccion de Jesus hacian ruido en la Judea y atraian todos los dias nuevos prosélitos, daban recelo é inquietud á los judíos, y no seria muy extraño que ya en tiempo de Tiberio hubiesen llegado á Roma las quejas contra esta nueva religion naciente y contra los que la abrazaban; y que en su consecuencia *Pilátos* se viese precisado á escribir al emperador; en este caso es cierto decir que el nombre de cristiano era ya conocido en Roma, y que los cristianos tenían ya allí acusadores.

Puesto que los incrédulos no nos oponen mas que pretendidas imposibilidades, bástanos hacerles ver que creen imposible lo que no lo es.

En cuanto á la acusacion formada contra S. Justino por los incrédulos, es absurda, puesto que suponen que fué impostor y falsario sin motivo. ¿Qué necesidad tenia de citar una relacion ó *Actas de Pilátos* para probar

que Jesus habia hecho milagros, y que habia sido crucificado? Estos eran hechos públicos y de los que toda la Judea podia deponer. Era mas sencillo apelar al testimonio de toda una provincia que á las *Actas de Pilátos*, si no existian.

Si ha habido criticos bastante prevenidos contra el testimonio de los PP., para tratar de fábula la relacion de *Pilátos*, tambien se han hallado aun entre los protestantes, que han vindicado á los PP., y que han manifestado que no hay nada de increible en su narracion. Tales son Fabricio, Hoesea, Haver-camps, Mosheim, *Inst. Hist. crist.*, 1ª parte, c. 4, § 9.

Mas los incrédulos, para ilusionar, confunden las *Actas* de que habla S. Justino con las falsas *Actas de Pilátos*, que formaron los quatordecimanos en el siglo II. En el III, los paganos compusieron otras, en las que Jesucristo y los cristianos estaban representados con caractéres odiosos; el emperador Maximino las hizo fijar y circular en todo el imperio; algunos autores creyeron que las *Actas de Pilátos* eran el Evangelio de Nicodémus, etc. ¿Qué prueban todos estos falsos documentos posteriores á S. Justino contra el hecho que refiere? Lejos de destruirlo, mas bien sirven para confirmarlo; la misma notoriedad del hecho ha sido la que ha dado lugar á los falsarios para forjar falsas *actas* en lugar de verdaderas.

Por último, están bastante probadas las acciones de Jesucristo, por otro lado, sin el testimonio de *Pilátos*; no se ha hecho ningun uso de ellas para apoyar ningun dogma; mas han tenido razon S. Justino y Tertuliano en citárselas á los emperadores y magistrados; para ellos era un documento irrecusable. Hay una disertacion sobre este asunto en la *Biblia de Aviñon*, t. 13, p. 513.

**Pirronismo**, en materia de religion. V. INDIFERENCIA, ESCEPTICISMO.

**Piscina probática, ó Piscina de las ovejas.** Depósito de agua situado en las cercanias de Jerusalem, que probablemente servia para lavar las entrañas de las víctimas. S. Juan, v, 2, nos dice, que de cuando en cuando bajaba un ángel del Señor á esta *piscina*, hacia mover el agua, y el primer enfermo que entrase en ella despues de este movimiento se curaba, cualquiera que fuese su enfermedad. Añade que Jesucristo, habiendo hallado allí á un hombre paralítico hacia treinta y ocho años, lo curó con una sola palabra.

Este evangelista, dice un incrédulo, es el único que ha hablado de este estanque de